

# 2110

LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular del BICENTENARIO

conabip

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de Cultura  
Presidencia de la Nación



200 AÑOS BICENTENARIO ARGENTINO

## **Autoridades**

### **Presidenta de la Nación**

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

### **Secretario de Cultura de la Nación**

Jorge Coscia

---

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

### **Presidenta**

Lic. María del Carmen Bianchi

### **Secretario**

Lic. Martín Cáneva

### **Vocales**

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

---

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | [www.conabip.gob.ar](http://www.conabip.gob.ar)

★ 2110 ★  
LA  
ARGENTINA  
DEL  
TERCER  
CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular  
del BICENTENARIO

conabip  
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de  
Cultura  
Presidencia de la Nación



200 AÑOS  
BICENTENARIO  
ARGENTINO

---

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -  
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.  
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.  
CDD A863

---

### **Libro de distribución gratuita**

#### **Coordinación general:**

María Julia Magistratti

#### **Coordinación editorial:**

Esteban Gutiérrez

#### **Diseño y diagramación:**

Laura Rovito

#### **Ilustraciones:**

Pablo Bernasconi

#### **Colaboraron especialmente con esta edición:**

María Laura Ferrá, Mayte Gualdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

Obra Registrada en la Dirección Nacional  
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

## Índice

Presentación .....	7
Prólogo de Ricardo Piglia .....	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i> .....	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i> .....	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i> .....	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i> .....	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i> .....	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i> .....	53
Juan Forn / <i>Así</i> .....	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i> .....	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i> .....	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i> .....	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i> .....	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i> .....	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i> .....	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i> .....	105
Alberto Laiseca / <i>Argentina: tercer centenario</i> .....	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i> .....	117
María Moreno / <i>El parto</i> .....	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i> .....	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i> .....	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i> .....	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i> .....	163



El martes 18 de enero de 1994 el crucero Odessa atracó en el muelle Storni de Puerto Madryn. Cuando José Vogel, uno de los pasajeros, se dispuso a bajar la rampa que lo conducía hasta el puerto, no sabía lo que le esperaba. La mayor parte del pasaje era de origen alemán. En esos días, la ciudad de Madryn parecía una pequeña ciudad alemana. José Vogel era argentino pero hablaba perfecto alemán. Hacía muchos años que por su trabajo vivía en Hamburgo.

El jueves por la tarde volvió de visitar la pingüinera. Para él, la ciudad no ofrecía ninguna diversión nocturna. Salvo algunos pubs donde podía tomar cerveza. Por la noche, después de cenar, cuando volvía para su hotel, se detuvo ante la vidriera del estudio de fotocolor Stuttgart, que exhibía su galería de fotografías que después se publicaban en la página del diario Chubut en la sección: *Mundo social madrynense*. De esa manera, Vogel se enteró que al otro día, la noche del viernes, se celebraban una fiesta de cumpleaños de quince y una boda. Vogel ignoraba por qué razón del destino se había detenido frente a aquella vidriera.

A la mañana siguiente, Vogel alquiló una camioneta para recorrer la península.

Ese mismo viernes los bomberitos de Madryn fueron llamados para ayudar a sofocar un incendio que se había iniciado a las tres de la tarde en unos campos situados al noroeste de la ciudad. Algunos bomberitos fueron vestidos ligeramente de verano, sin uniformes ni equipos, algunos hasta calzados con ojotas. Marcharon desprevenidos hacia lo que aparentaba ser una aventura juvenil. Era viernes, y seguramente el incendio hubiese sido una anécdota para contar el fin de semana en el baile del sábado para seducir a alguna chica. No sabían que lo que les esperaba era una trampa de fuego. No sabían que las llamas eran verdaderas.

A pesar de su juventud, lo que impulsaba a los bomberitos podía llamarse vocación. Tal vez un relato que ni siquiera les pertenecía a sus padres sino a los padres de sus padres cuando en la infancia solían correr detrás del carro de bomberos. Primero tirado por caballos, después transformado en auto bomba. Corrían detrás del sonido de la sirena para ver dónde era el incendio. Es probable que esa tarde respondieran al mismo llamado.

Ese viernes 21 de enero, la información fue llegando de manera fragmentaria y confusa. Eran 25 bomberitos y tenían entre 12 y 23 años. Eran dieciocho varones y cinco mujeres. Salvo dos, murieron todos. Corrieron veinticinco minutos tratándose de alejarse del fuego y del humo. Murieron asfixiados. Cayeron extenuados por el calor, el cansancio, y las dificultades respiratorias. El viento los desorientó y escaparon en la dirección equivocada. El fuego los estaba esperando. Dicen que los cuerpos estaban cubiertos de ceniza.

Vogel había demorado su viaje por la península hasta después de la siesta, un poco por modorra y otro poco por seguir la costumbre del lugar. Salió por la tarde pero ya en las afueras de Madryn las salidas de la ciudad estaban cortadas por el incendio. En medio de la ruta, detuvo la camioneta porque experimentó el mismo miedo que tenía, como en su juventud, cuando era aprendiz de bombero.

Lo cierto es que ese viernes la sirena no estaba en el mar sino en los pastizales. No hay nada más asqueroso que morir entre los pastizales. Más que una muerte natural o accidental, parecían pequeños asesinatos.

Puerto Madryn, una ciudad acostumbrada a ser visitada por ballenas, esperó inútilmente que Leviatán vomitara a su Jonás. Hicieron vigilia. Algunos en silencio, otros lloraban, algunos rezaban, otros no maldecían por el temor supersticioso de agraviar a Dios del que todavía esperaban un milagro. Los esperaron cada día pero ninguna ballena escupió sus cuerpos. Ni vivos ni muertos. No fue como en algunos de los naufragios cuando en la costa, padres, hermanos, amigos, novias y, simplemente, gente de Madryn, esperaron noches enteras.

Se los llevó el fuego, no el agua. Una ráfaga. De golpe cambió el viento. Por eso Leviatán no podía devolverlos, porque de ser posible, hasta la ballena infernal los hubiera vomitado de sus entrañas.

El que estaba solo en la costa, era Vogel. Sus conocimientos científicos y su curiosidad no lograban imponerse al dolor que sentía. En medio de la arena desierta se preguntó: “¿De quién partió la orden que los precipitó en la hoguera?”

A la mañana siguiente, cuando Vogel hojeó el diario que contaba la tragedia, notó que en las fotos en blanco y negro no se veía el color del fuego. Como si las fotos en esos colores custodiaran cierta intimidad del luto. Los bomberitos iban a ser velados en el gimnasio municipal. Vogel recordó las cosas que se contaban en el cuartel de Echenagucía donde fue bombero. La prueba de fuego que les hacían pasar a los bomberos nuevos era esperar la medianoche para atravesar las instalaciones del museo. Las

condecoraciones, las placas. Las fotos. Le solían echar la culpa a las galas que son los uniformes de los bomberos que murieron y que descansan en vitrinas en el museo de la planta baja. Las galas le dan vida a los muertos. Si pasaban el bautismo, la próxima prueba era limpiar los baúles de los muertos. Pero en los cajones no había muertos. No había nada, lo cual era quizás más aterrador. Estas historias de aparecidos se contaban porque en un tiempo velaban a los muertos en el cuartel.

Vogel hacía más de veinte años que había perdido a su mejor amigo en un incendio. Los dos eran bomberos. Lo que lo obsesionaba era que él había soñado con un incendio, una semana antes del siniestro. Un sueño en llamas, un incendio en una fábrica de pirotecnia. Era como si el mundo nunca terminara de estallar. Como la cabeza atormentada de Vogel, por no haberle avisado a su amigo de aquel sueño.

Tal vez por esa razón, cuando Vogel vio pasar el auto bomba amarillo que llevaba los ataúdes sintió que su corazón era una bomba a punto de explotar. Las coronas de flores eran una herida roja que colgaban frágilmente del vehículo como si en cualquier momento estuvieran a punto de caerse. Sin embargo, una fuerza superior parecía atarlas a las escaleras de bomberos que amenazaban con levantarse hasta el cielo para pedirle a Dios la clemencia que nunca había tenido.

El auto bomba hizo sonar la sirena. El sonido no sonó como una señal de alarma, sino como un aullido, un grito que redobló el grito de la gente. El dolor aullaba por la calle. Y los neumáticos negros eran una señal del luto en movimiento.

Ya en la iglesia del cementerio, cuando Vogel escuchó el tono bienaventurado del sermón final con el que el cura despidió a los bomberitos parecía que lo sucedido era asunto del cielo y no de esta tierra.

Cómo las dos familias decidieron lo de la boda, seguramente fue algo íntimo entre ellos y Dios. Y si intervino un sacerdote, para que la cosa se volviera un asunto del más allá y no de esta tierra, fue inútil.

Quizás el hecho de recordar que su amigo muerto, también estuvo a punto de casarse fue lo que hizo que Vogel se decidiera por ir a la boda. Los casaron. Ninguno de los dos estaba ahí de cuerpo presente. A pesar de esa circunstancia, no fue un casamiento simbólico. Sin embargo, no fue una ceremonia macabra. En el altar había tres fotos. Dos retratos: uno del novio y otro de la novia. Detrás, otra foto en que la que la pareja estaba frente a la vidriera de la casa de fotografías. La foto la había tomado el padrino de la boda. Entonces los dos bomberitos no sabían que no tendrían otro futuro que estar en la memoria luctuosa de los otros.

Los dos anillos con sus nombres grabados fueron donados al museo del cuartel de bomberos. En medio de la ceremonia, un cura los bendijo. A Vogel le pareció que los anillos emitían un reflejo misterioso. Los anillos parecían dos espejos en llamas que reproducían la imagen de los novios.

Eran dos chicos creyentes. Los dos habían sido bautizados y habían tomado la comunión en esa misma iglesia. Hasta las mismas imágenes devotas, santos, Vírgenes, y Cristos siempre acostumbrados a ser contemplados, era como si hubiesen desviado la mirada del cielo para mirar el milagro que estaba sucediendo ante sus ojos, sorprendidos de que fuera ajeno a su voluntad. El que ofició de testigo de la boda vestía uniforme de gala. Era uno de los bomberitos que había sobrevivido. La madrina, la hermana de la novia. Los novios se conocían de la primaria. Esos amores que transcurren banco a banco. Esto último, y algunas otras cosas que Vogel ignoraba, se las contó el padre del padrino de la boda cuando volvían de la iglesia donde se llevó a cabo la boda póstuma. Se las contó emocionado pero sin ningún dramatismo. Con esa resignación que no da Dios sino la naturaleza.

Vogel no lograba recomponerse de cierta sensación escalofriante porque el casamiento post-mortem le parecía macabro. Pero en ese instante recordó la muerte de su amigo y el motivo que lo había decidido para asistir a la boda. Se lo comentó a su compañero ocasional, y esta confidencia íntima, lo habría de convertir en alguien que iba a estar presente en su vida para siempre. Entonces, con cierta timidez Vogel le preguntó:

—¿No le parece que lo del casamiento fue excesivo?

—¿Por qué? Si hasta el cura estuvo de acuerdo. Además, los muertos aún muertos, siguen haciendo cosas ¿O usted sólo sueña con vivos?

—Es posible que tenga razón. ¿Usted cree en el más allá?

—Ahora no. No sé qué me va a pasar cuando sea más viejo. En una de esas, como decía mi abuela, me muera con el Jesús en la boca.

—¿Usted cree en la otra vida?

—No. Sólo que en los muertos está el futuro. Según los muertos que tuvimos es cómo vamos a vivir.

—Se refiere a los bomberitos.

—También a sus padres y a sus abuelos que fueron bomberos como ellos.

En las fotos ¿no vio en sus ojos una mirada desafiante?

—Fue una imprudencia. Los responsables tienen que ir presos. Pienso en esos padres...

—Le pregunté si vio esa mirada.

—Usted porque no perdió ningún hijo.

—Se equivoca, perdí dos. Sin embargo, algunos padres piensan como yo. Están orgullosos.

—Le pido perdón.

-No lo critico. Es lógico. Pero no se desespere por entender o por estar de acuerdo. Simplemente tenemos preocupaciones diferentes.

-No crea. Soy ingeniero en suelos.

-Lo que pasó no es sólo una cuestión climática.

-Sin embargo, dicen que fue el viento lo que les jugó una mala pasada.

-No fue sólo el viento, también fue el hombre y alguna fuerza superior.

-Negligencia.

-¿Usted vino en el crucero?

-Sí...pero me quedé.

-¿Por qué?

-Lo que le conté cuando volvíamos de la iglesia. Cuando era joven fui bombero y perdí a un amigo.

-¿Muchos años?

-Unos meses. No pude soportar el olor a quemado.

-Es muy común.

-Creí que sólo me pasaba a mí.

-Hasta que no aparezcan los culpables los bomberitos, envueltos en llamas, volverán cada 21 de enero.

-La fuerza superior.

-No me refiero a nada sobrenatural. El mismo viernes alguien de Madryn ganó el bingo. Saque sus propias conclusiones. Es la suerte. La buena o la mala. ¿Se queda mucho tiempo?

-No tengo fuerza para irme. Sin darme cuenta, es como si yo también estuviese esperando.

-Lo entiendo.

Desde ese día en cada casa de Madryn se levantaría un altarcito privado. Una foto con uniforme que algunos no llegaron a estrenar y otros ni siquiera a tener. En esos altarcitos habría siempre velas encendidas. De día y de noche. Pero también es posible que hasta los más creyentes evitaran esa liturgia para que las fotos finadas no revivieran, ni la visión ni el calor de las llamas; ni siquiera de una llama votiva.

El padrino de la boda se llamaba Pedraza, y Vogel lo despidió en silencio. En ese momento, ninguno de los dos sospechaba que diez años más tarde se volverían a ver. Vogel volvió a Madryn y buscó a Pedraza. Al principio, sintió cierta inquietud por la posibilidad de no encontrarlo; a veces, diez es años es mucho tiempo, en otros casos no es nada.

Cuando se encontraron, se saludaron, y retomaron la conversación en el mismo punto en que la habían dejado diez años atrás. Vogel le preguntó:

-¿Ya se volvió creyente?

Pedraza demoró un instante en responderle. Estaba emocionado. Vogel no había vuelto en cualquier fecha sino un veintiuno de enero cuando se cumplía el décimo aniversario de la catástrofe de los bomberitos. Pedraza, lo miró a los ojos, Vogel también estaba más viejo; sin embargo, había algo en su mirada que lo rejuvenecía. Pedraza salió de su mutismo y se decidió a responderle. Si alguien hubiera presenciado la conversación, hubiera tenido la impresión que podía haber tardado un minuto o un siglo en contestarle.

-¿¡Vio que un día los bomberitos iban a volver!?

-¿Castigaron a los culpables?

-Todavía no.

-Sopla el mismo viento que aquel día.

-Es cierto. Esta vez no vino en crucero.

-No. Vine en micro desde Buenos Aires.

-Un viaje largo.

-Más de doce horas.

-¿Se queda muchos días?

-Tres o cuatro. Vine a cumplir acá mis cuarenta años.

-¿Una promesa?

-Digámoslo así.

Casi sin darse cuenta los dos hombres comenzaron a caminar y siguieron conversando, hasta que llegaron a la plaza de puerto Madryn.

-¿Vio el monumento? Ahora sólo van los familiares. Pero no se preocupe, si no soy yo, si no es usted, va a ver otro Vogel que va a volver cada veintiuno de enero.

-Pedraza, ¿Sabe lo que me gusta de usted?

-No.

-Que nunca baja los brazos.

-Hay que seguir viviendo.

De pronto se encontraron frente a una escultura de mármol. Un bombero sosteniendo un chico en sus brazos, socorriéndolo. Lo rodeaban veintitrés aros de metal que representaban las almas de los bomberitos muertos en el incendio. Los aros se movían con el viento. Al amparo de esa escultura blanca, las siluetas de los dos hombres se fueron alejando. Mientras caminaban, seguían conversando. Vogel le preguntó a Pedraza si conocía Ushuaia. Éste le respondió que no. Entonces Vogel lo invitó a acompañarlo.